

Siete Cadáveres Más

Sobre toscas yaguas que forman su ataúd provisional, la piedad de los que los hallaron, ha colocado los cuerpos de Francisco Rodríguez Valdés, Roberto Nodarse Blanco, Isidoro Roque Cordero y Modesto Trujillo Negrin. Los cuatro habían sido ahorcados por los hombres del capitán Iturriaga que los sacaron de sus domicilios en Cabañas. Todos fueron despojados del dinero que llevaban y de cuanto objeto de valor poseían. ¡Los asesinos eran también ladrones! ¡Ellos nada respetaban!

CONTINUA el TRAGICO DESFILE de VICTIMAS de la TIRANIA

Fotos de Venancio Díaz

A medida que transcurren los días se van conociendo nuevas atrocidades, nuevos crímenes cometidos por los elementos del régimen de Fulgencio Batista. Desde Oriente a Occidente, en las grandes ciudades como en las más pequeñas poblaciones, se van encontrando cadáveres de víctimas de la tiranía. La mayor parte de esas víctimas han sido torturadas; todas fueron ultimadas por los hombres que vestían el kaki militar o la mezclilla policiaca cumpliendo

órdenes de los grandes chacales del régimen.

En el término de Cabañas, en Pinar del Río, unos campesinos descubrieron, días atrás, siete cadáveres enterrados en dos fosas en un intrincado paraje de la finca "Guasimal". Para llegar allí, los enviados de BOHEMIA que acompañaron a los pesquisantes, tuvieron que recorrer más de veinte kilómetros por carretera, cinco en jeep por caminos transitables y más de uno a pie; subiendo entre las lomas, sorteando la lujuriente vegetación tropical, saltando arroyuelos y otros obstáculos.

Los criminales sacaron a sus víctimas del cuartel de Cabañas vestidas de uniforme para que nadie se diera cuenta de lo que preparaban. Después, en la soledad de los montes, los ahorcaron para enterrarlos en un lugar cualquiera. A éste, Isidoro Roque Cepero, le robaron sesenta pesos que tenía en los bolsillos cuando fue detenido.

Fueron dos hermanos, campesinos de la región, Jesús y Narciso Portales los que dieron al fin con el lugar en que habían sido sepultadas las siete víctimas del capitán Leovigildo Iturriaga y sus hombres. Ellos habían dicho con anterioridad que mostrarían el lu-



En otro lugar cercano aparecieron tres cadáveres más. De éstos, sólo uno pudo ser identificado: el de Domingo Álvarez Núñez. Los otros dos han ido a unirse al gran ejército de las víctimas innominadas de la tiranía. Posiblemente en sus hogares, madres, esposas e hijas sigan llorando la ausencia de estos seres queridos con una vaga esperanza de que algún día volverán.



Para llevar los cuerpos hasta el lugar que sería su sepultura definitiva fue preciso colocarlos en lo que se halló a mano. Y fue otra vez la palma real, tan pródiga en dones para el campesino cubano la que ofreció la provisional mortaja. Este cadáver, el de Francisco Rodríguez Valdés, apareció totalmente desnudo y salvajemente mutilado.

Apenas podía decirse que aquello había sido un ser humano. No es más que un montón de carne putrefacta lo que resta de un hombre al que sus captores golpearon sin piedad para después ahorcarlo. Y es, además, una elocuente acusación para los que tal cosa hicieron. Ahora todos, cobardemente, aguardan en prisión que se decida su destino.

gar en que estaban los cadáveres, pero ni los propios victimarios pudieron hallar el sitio exacto en medio de las malezas de la finca "Guasimal".

Al fin, después de mucho caminar, fueron descubiertas las tumbas en la cañada llamada de "El Chivo". Allí aparecieron, mal cubiertos de tierra, cuatro cadáveres en una, y tres en otra. Uno de los siete muertos había sido bárbara-

mente mutilado; dos quedaron sin identificar.

Sirvan estas fotos para demostrar al mundo, una vez más, la barbarie inaudita de los hombres que sirvieron a Batista como puntales de su dictadura. Los asesinos de Cabañas fueron el capitán Iturriga, el teniente Cassola, los sargentos Capó y Julián Hernández, muerto este último al tratar de huir; el cabo Lara que se encuentra prófugo y los soldados Cándi-





Junto a la fosa múltiple en que fueron hallados tres de los cadáveres, otro de los presentes muestra restos de las sogas y pedazos de yagua usados por los asesinos para atar y ahorcar a sus víctimas. Se muestra —igualmente— el largo palo que usaron para llevarlos atados al lugar en que los enterrarían.

UNA VICTIMA DE 14 AÑOS

TRES días antes de la huida del tirano, miembros del puesto militar de San Germán, Oriente, sacaron de su casa al jovencito José Coello Ortiz, de sólo 14 años de edad. Las diligencias hechas por el padre del menor, las súplicas de su madre no lograron nada. El muchacho siguió en poder de los militares comandados por el sargento Veitía.

Cayó la dictadura y José Coello no apareció, ni vivo ni muerto. Pensando lo peor miembros del Movimiento 26 de Julio iniciaron excavaciones en el patio del cuartel pensando que podían encontrar el cuerpo sin vida del muchacho o el de otros que igualmente habían desaparecido.

Sus presunciones no eran descabelladas. A poco que cavaron, encontraron en el patio del cuartel, entre la caseta de la microonda y el calabozo, el cuerpo de José Coello Ortiz. Había sido enterrado boca abajo, maniatado, envuelto en una sábana.

Pero cuando los presentes volvieron el cuerpo del adolescente se encontraron con un cuadro de horror. Las bestias que le apresaron, antes de matarlo a tiros, le habían sometido a las más atroces torturas. A José, que era casi un niño, le habían arrancado las uñas, sacado los ojos y castrado.

¿Habrá alguien que pida ahora clemencia para el sargento Veitía y sus secuaces?

CONTINUA EL TRAGICO DESFILE... (Continuación)

do Cordero Díaz y "Papito" Rive-ro.

Ellos forman en las filas de los asesinos para los cuales, en nombre de una piedad mal entendida, se están alzando voces de clemen-

cia que pretenden evitar que los que tanto daño hicieron; los que asesinaron a niños y a ancianos, vayan ante el paredón de fusilamiento en justo castigo por sus innumerables crímenes.



Una vez localizado el lugar, poco tuvieron que cavar para encontrar los cuerpos. El mal olor reinante era señal evidente de que estaban cavando en el sitio debido. Entre los presentes hay una mujer: Evarista Roque, que encontró entre las víctimas a su esposo, Domingo Alvarez y a su hermano Isidoro Roque.



Uno de los campesinos de la zona señala a uno de los árboles en que con toda seguridad fueron ahorcadas las víctimas del capitán Leovigildo Iturriaga, del teniente Cassola y sus matones. En una de las ramas se notaban las rozaduras formadas por las sogas que utilizaron los verdugos para colgar a los que pagaban así su afán de liberación.



Los desenterradores hacen un alto en la fúnebre tarea. De seguir, los instrumentos de hierro hubiesen tocado los cuerpos ya putrefactos. Y los hombres —recios guajireros hechos a las durezas de la vida— contemplan entristecidos el macabro cuadro. Entre ellos hay un anciano: Gonzalo Alvarez que tenía entre los muertos dos hijos y un yerno.